

relación entre el problema de España y el problema de la lengua sigue conservando plena vigencia, al menos en el aspecto histórico.

Ligados a los numerosos artículos que abordan cuestiones lingüísticas, aparecen también comentarios de índole literaria —*Vidas sombrías*, «Balada de la prisión de Reading»—, consideraciones sobre el oficio de escritor —«De vuelta», «Escritor ovíparo»—, reflexiones sobre la grandeza y la servidumbre del periodismo —«La prensa y el lenguaje»—, etc. Sus ataques contra el «agarranzamiento de la literatura y el arte en España», esto es, contra la literatura y el arte burgueses de la Restauración, corren parejos a sus invectivas contra el esteticismo superficial y vacío de la «escuela modernista», es decir, contra el esteticismo superferolítico que se estaba imponiendo como reacción. Pues el modernismo de Unamuno, de orientación ética y metafísica, poco tenía que ver con el modernismo de escuela. Llegados a este punto, cabe preguntarse de nuevo: ¿acaso han perdido actualidad estas cuestiones?

### ¿Qué queda de Unamuno?

Desde su muerte en 1936, el gran maestro vasco viene propiciando una respuesta doble: adhesión admirativa y repulsa desdeñosa. Se admira su fecundidad literaria, su indomeñable vitalidad; se desdeña su retórica decimonónica, su vehemente histrionismo. Incluso en nuestros días, alguien ha llegado a sugerir un Unamuno posmoderno, cuyo mérito radicaría en su *narcisismo trascendental*. Sea como fuere, la pregunta sigue aún en el aire: ¿qué queda de Unamuno? Y aun más: ¿qué conservarán de su obra los tiempos venideros?

No parece probable que la permanencia de Unamuno vaya a residir en ese narcisismo inconsecuente, del cual proceden, por desgracia, su rechazo de la Reforma y su ideal casticista, su repulsa de la Ilustración y su fundamentalismo regeneracionista, su negación de la utopía y su espejismo dictatorial. Más certero sería reparar en el drama histórico de su conciencia, escindida entre un tradicionalismo idealista y una modernidad racional, pues de este conflicto proceden, en última instancia, su talento crítico y su preocupación por España, su quijotismo *sui generis* y su interés por la lengua, su religiosidad

heterodoxa y su voluntad docente... A juzgar por los artículos publicados en *Las Noticias* —sobre los que llega a preguntarse si no serán su más sana obra—, Unamuno tiene aún muchas cosas que decirnos. Pero eso no depende ya de él, sino de quienes los lean hoy y de quienes los leerán después.

**Manuel Neila**

## Una reflexión sobre la dictadura\*

**E**l propio autor advierte en una nota introductoria a esta novela que, juntamente con *Hijo de Hombre* y *Yo el Supremo*, compone la trilogía sobre «el monoteísmo» del poder, uno de los ejes temáticos de la novelística de Roa Bastos. La trilogía, por tanto, tiene un denominador común: la figura de un tirano en el espacio con-

\* Augusto Roa Bastos, *El Fiscal*, Editorial Alfaguara, 1993, 352 páginas.

creto de Paraguay, lugar de nacimiento del escritor. Ya en 1989, el autor de *Vigilia del Almirante* quemó una versión de *El fiscal* porque se dio cuenta, después de un viaje a Paraguay y a raíz de la caída del dictador Stroessner, de que el material que había escrito no tenía sentido: el mundo, América Latina, Paraguay y él mismo, habían cambiado tanto que el material narrativo no servía. Había que escribir otro libro que respondiera a las distintas circunstancias políticas mundiales, sudamericanas, paraguayas y personales, un libro que diera cuenta de esas transformaciones y alertara sobre los peligros del «stroessnerismo» que amenaza con volver a perpetuarse en Paraguay. En cinco meses Roa Bastos reescribió el texto y surgió la novela definitiva. No es este un procedimiento nuevo en el autor de *El baldío*: el lector recordará que la primera versión de *Hijo de Hombre* fue quemada y reescrita también en el breve plazo de cuatro meses.

El motivo central de *El Fiscal* es la crítica a la dictadura en América Latina y, particularmente, en Paraguay. La estructura del texto permite a Roa Bastos trascender el localismo americano y realizar una reflexión más universal sobre la sociedad. La primera parte de la novela está ambientada en París, donde vive exiliado Félix Moral que, obsesionado por asesinar a Stroessner, decide asistir a un Congreso en Paraguay y llevar a cabo su obsesión, hecho que se relatará en la segunda parte de la novela. Es en la primera parte donde Roa Bastos, a través de Félix Moral, reflexiona sobre las consecuencias del exilio, de la tortura, de la clandestinidad, del compromiso político, de la lucha en contra del poder... Para ello bucea en el pasado de este personaje lleno de amargura y desolación, horrorizado de su recuerdo y de un pasado que le persigue hasta lo imposible, oscureciendo su momento presente. Es este tiempo, el más gratificante para Félix, ya que vive con Jimena una relación amorosa luminosa y pacífica que amortigua el dolor y el miedo de un personaje que no puede olvidar y tampoco quiere hacerlo, las atrocidades cometidas en nombre del orden y la moral por la dictadura del «Tiranosaurio», nombre con el que Roa Bastos designa a Stroessner.

Es a Jimena, única referencia amorosa de Félix Moral, a quien va dedicada la novela y a quien el personaje le confiesa en una larguísima carta sus miedos, sus re-

flexiones y su propósito final: asesinar al dictador, culpable no sólo de su extrañamiento, sino, sobre todo, responsable de la desaparición de miles de paraguayos. En Jimena proyecta Roa Bastos la esperanza en clara antítesis con el protagonista masculino resentido y lleno de odio. Contrasta, por tanto, la seguridad de esta mujer que no odia con su compañero sentimental tan revuelto contra aquellos que le condujeron a su actual situación, que nos da la sensación de un desvalimiento absoluto. Es esta la razón por la cual el lector adivinará que Félix no saldrá bien parado de su intento final y que morirá en su país de origen. Es en esta primera parte donde también Roa Bastos rinde un homenaje a la mujer en general. Afirma el autor paraguayo que sólo desde ella el mundo puede cambiar. Hay un clarísimo reconocimiento de la superioridad biológica femenina. Es Jimena, luminosa y diáfana, quien no sólo se enfrenta al poder, sino que lo puede y lo trasciende. Roa Bastos, indudablemente, en este duelo entre poder/amor, apuesta por este último y quizá buena prueba de ello sea esa crítica dura y mordaz que el escritor hace del hombre al decir que «es el único regulador del universo social hecho a su imagen y semejanza». Roa Bastos constata la angustia que el hombre siente ante el mínimo avance de la mujer en la recuperación de su libertad y sus derechos. Félix Moral en *El Fiscal* no duda en afirmar: «vivimos en un mundo atacado por una enfermedad incurable, llamada hombre». Es por tanto Jimena intensa y honesta, fértil (en contraposición con Félix) quien pone luz en el mundo atormentado de este hombre torturado por su pasado y en una situación límite.

La segunda parte de la novela se centra en Paraguay. Ahora Félix Moral tratará de llevar a cabo su deseo: asesinar al Tiranosaurio utilizando un anillo, propiedad del conde de Villamediana y de Jimena que, a su vez, es descendiente de los Tarsis de Valladolid, emparentados con el mencionado conde. Es en esta parte donde se intensifica la trama política y la crítica al poder absoluto. Pero Roa Bastos también repasa la historia de Paraguay, «el país de las causas perdidas», y hace responsable a la sociedad paraguaya de su situación de represión y control al afirmar que en Paraguay la dictadura es producto de una sociedad que permite que un tirano se levante en Dios absoluto, siendo éste la causa del atraso y pobreza de un país que no termina de integrarse en la pro-

pia América Latina. Roa Bastos, en esta reflexión sobre el poder absoluto, no se olvida de analizar las causas de la degradación de Sudamérica. La celebración del Congreso de Historia, Cultura y Sociedad de América Latina en el XX, a las que asistirá Félix Moral, permitirá al autor explayarse a gusto en contra de los totalitarismos del Cono Sur, a la vez que bucear en la historia pasada y más reciente de Paraguay. La referencia a la intervención de Ionesco en los actos del Congreso es un claro símbolo del absurdo más descabellado que representa la figura del dictador rodeado de guardaespaldas, envejecido y casi acabado, pero agarrado al poder. En este sentido magnífica, por todo lo que tiene de hipérbolo caricaturesca, es la descripción del Tiranosaurio (metonimia de Stroessner).

Sobre esta amplia reflexión histórica, gravita la historia de amor entre Jimena y Félix, iluminando la existencia mutilada de este profesor de universidad que, por fidelidad «moral» (en este sentido el simbolismo del apellido es también evidente), renuncia a vivir una pasión amorosa con una alumna y que decide escribir esta carta a su enamorada Jimena con el fin de justificarse y explicarse. Félix Moral está convencido de que sólo el tiranicidio puede hacer justicia y vengarle de todo lo que ha padecido, a la vez que dará sentido a su vida. Roa Bastos da una visión terrible del exilio. Afirma el autor de *Yo el Supremo* que el exiliado debe transformar su yo hasta «resultar irreconocible», a la vez que sostiene que «es el mayor destructor de las almas», porque deja taras imborrables. Ser exiliado significa llevar una existencia seudónima y falsa. Pero el exilio conlleva también algo muy importante y fundamental: la pérdida de la lengua natal. Hasta tal punto esto resulta tan dramático que a Félix le resulta incluso, imposible reconocer-

se en su estilo. Indudablemente que es Roa Bastos, exiliado durante 43 años, quien expresa y resume su experiencia. Como novelista, Roa Bastos no se expresa en su lengua de origen, sino en la del exilio, porque la ha perdido después de tantos años de ausencia. En este sentido son muy ilustrativas las palabras del escritor: «En mí hubo una primera etapa, aporteñada, en que mi lengua se había modificado como consecuencia de una larga estancia, de más de dos décadas en Buenos Aires. Esa lengua fue cambiando a lo largo de un período similar pasado en Francia. El español—guaraní, la lengua de mi infancia y de mi formación, se perdió totalmente.

Hay también en *El Fiscal* teoría literaria. Para el autor de *Yo el Supremo*, «la escritura es el más engañoso de todos los signos» que solamente resucita en la lectura. Es, por tanto, esta novela una reflexión sobre la dictadura, el exilio, el amor, la política, la sociedad y la escritura, pero, sobre todo, es una reflexión sobre la historia de Paraguay. Una historia que Roa Bastos inició con *Yo el Supremo* (siglo XIX), seguida de *Hijo de Hombre* (primera mitad del siglo XX) y coronada por *El Fiscal* (derrocamiento de Stroessner).

Quizá Roa Bastos debiera haber concentrado más el material en este relato ambicioso, sobre todo, en la larga y repetida evocación del tirano Solano López, crucificado en 1879 por los soldados brasileños. En cualquier caso Roa Bastos, con este reciente descenso a los infiernos, ha dejado un testimonio del horror, su voluntad firme de tiranicidio y, como él mismo afirma, «un acto de fe de un escritor no profesional en la utopía de la escritura novelesca».

**Milagros Sánchez Arnosi**

